

I Manco Cápac tiene un monumento en la más amplia plaza de Lima. Todo estudiante, desde los primeros años de la escuela, repite la lista de catorce incas, con los hechos más notables de cada reinado. Esta cronología, elaborada a la usanza occidental, se derrumbó por la labor de zapa emprendida, entre otros, por el antropólogo holandés Tom Zuidema. Una serie de malentendidos había conducido a la imagen de un imperio ficticio, reedificado más con la imaginación que con un sustento empírico sólido. Los historiadores, de los que Riva Agüero sería un buen ejemplo, se sentían partícipes de una cultura occidental, con la que identificaban a cualquier civilización posible. Desde esta perspectiva leían a unos cronistas de los siglos XVI y XVII que, a su vez, en el afán de comprender a los vencidos, proyectaban las instituciones europeas, negando prácticamente la noción de "nuevo mundo". Las respuestas de los informantes andinos se adaptaron tempranamente al lenguaje de los conquistadores, a veces hasta conscientemente, dispuestos a responder lo que el encuestador quería escuchar.

En este panorama, un historiador de la Universidad Católica, atraído por las fronteras de su disciplina, intentó dilucidar qué elementos comprensibles para la historia existirían en la civilización incaica. Franklin Pease emprendió la aventura de abordar este problema verdaderamente decisivo. Recogió los novedosos aportes de John Rowe (un antropólogo norteamericano) para distinguir entre el tiempo mítico, donde los reyes incas no serían otra cosa que arquetipos, y el tiempo histórico, separado del período sagrado por un corte profundo, una inversión de la realidad, que en el mundo andino recibe el nombre de *Pachacuti*. De la célebre lista, sólo los cinco últimos monarcas (Amaru Inca Yupanqui, Túpac Inca Yupanqui, Huayna Cápac, Huáscar y Atahualpa) serían accesibles mediante la crítica histórica, separando las proyecciones anacrónicas de los conquistadores y las inevitables distorsiones de la memoria oral. Pease organiza su libro, *Los últimos incas del Cusco*, básicamente alrededor de la célebre disputa (especie de guerra civil) entre Huáscar y Atahualpa; dicho en términos más adecuados: enfrentamiento entre el Cusco —centro del mundo, capital del Tahuantinsuyo— y un nuevo polo rival que amenaza surgir en el norte, en Tumpampa.

II

El tema ha interesado más allá de los recintos académicos: prueba de ello son las tres ediciones en español del libro, la última de las cuales salió de los talleres de P.L. Villanueva en abril de este año. Quisiera re-

Los últimos incas del Cusco

Alberto Flores Galindo

La historia incaica, como se escribía hace treinta años, era similar a la historia de cualquier otra monarquía. El país de los incas era un territorio en el que la investigación podía, aparentemente, avanzar con seguridad, amparada en las múltiples referencias de los cronistas y en el recurso a la comparación con otros imperios, como la antigua China y especialmente Roma. Así lo exponía a sus alumnos de la Universidad Católica José de la Riva Agüero cuando, hacía 1935, dictaba su curso "Civilización tradicional peruana".

flexionar, brevemente, sobre este interés por los últimos incas del Cusco. Ocurre que el tema no preocupa únicamente a los historiadores. Todavía en 1982, en diversos pueblos del Perú andino, como Ocos (sierra de Lima) o Santa Ana de Tusi (Cerro de Pasco), el día en que se celebra la fiesta patronal, se escenifica el drama de Cajamarca, con actores espontáneos que representan a Pizarro y Valverde, de un lado, y otros que representan a Atahualpa y su corte-

Hay una cierta fidelidad —en esas representaciones populares— al acontecimiento histórico: no falta el discurso de Valverde, los evangelios, la incompreensión total entre las dos civilizaciones. En cambio, aparece "adulterada" la muerte del inca: el garrote ha sido reemplazado por el degollamiento. Esta variante de la versión que nos han transmitido los cronistas es bastante antigua. Guamán Poma tiene un dibujo titulado "Cortarle la cabeza a Atahualpa



Inga". Durante el siglo XVIII así se representaba la muerte del inca en el norte del país, como observó Martínez de Compañón. La carátula del libro de Pease es precisamente un cuadro indígena, también del siglo XVIII, donde aparecen los Pizarro, el dominico Valverde y, en el centro, el cuerpo del inca separado de su cabeza. ¿Por qué este cambio entre el acontecimiento histórico y su versión popular?

III

Enrique González y Fermín Rivera, dos profesores de la Universidad de Huamanga, han sugerido una respuesta. La memoria oral habría identificado a Atahualpa con Túpac Amaru I. Este último murió efectivamente degollado. En la versión andina sería, entonces, el último inca. Recién con la derrota de Vilcabamba asistiríamos al ocaso del imperio incaico: "Esto nos pone frente a la interpretación andina opuesta a la occi-

dental en cuanto al reconocimiento de quién fue o se le considera el último inca", pero no se trata de la "muerte del inca" en su sentido literal, sino "en cuanto la función social del inca simboliza un poder, un dominio y una forma de estructurar la realidad para la sociedad andina"¹. Los autores relacionan el degollamiento de Túpac Amaru I con las versiones míticas de Inkarrí (a las que Pease, con acierto, dedica el último capítulo de su libro).

Atahualpa y Túpac Amaru I. Versión occidental y versión andina del último inca. También podríamos contraponer la visión histórica frente a la visión mítica; la memoria escrita frente a la memoria oral. Pero conviene no exagerar una distinción que, por exceso de nitidez, termine por ser falsa. La interpretación que plantean González y Rivera (que también ha sido propuesta por Pablo Macera) tiene una referencia importante en los *Comentarios reales*. En efecto, Garcilaso termina su obra prácticamente con el capítulo XIX del libro octavo, segunda parte, donde narra, con una prosa afectada todavía por el acontecimiento, la muerte de Túpac Amaru I ante una multitud andina, en la plaza de armas del Cusco: "Así acabó este inca, legítimo heredero de aquel imperio por línea recta de varón desde el primer inca Manco Cápac hasta él; que como lo dice el padre Blas Valera, fueron más de quinientos años y cerca de seiscientos".

(1) González Carré, Enrique y Fermín Rivera, "La muerte del Inca en Santa Ana de Tusi", en *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines*, Lima, 1982, tomo XI, n. 1-2, pp. 19-36.

Poesía quechua

A VER, POR SI ACASO

*Mujer hermosa, lunar en la cara.
Si eres soltera, vente conmigo.
Si eres casada, sigue tu camino.
Si eres viuda, a ver, por si acaso...*

YO CRIO UNA MOSCA...

*Yo crío una mosca
de alas de oro,
yo crío una mosca
de ojos encendidos.*

*Trae la muerte
en sus ojos de fuego,
trae la muerte
en sus cabellos de oro,
en sus alas hermosas.*

*En una botella verde
yo la crío;
nadie sabe
si bebe,
nadie sabe
si come.*

*Vaga en las noches
como una estrella,
con su resplandor rojo,
hiere mortalmente
con sus ojos de fuego.*

*En sus ojos de fuego
lleva el amor,
fulgura en la noche
su sangre,
el amor que trae en el corazón.*

*Nocturno insecto,
mosca portadora de la muerte,
en una botella verde
yo la crío,
amándola tanto.*

*Pero ¡eso sí!
¡Eso sí!
Nadie sabe
si le doy de beber,
si le doy de comer.*

CELSE MEDINA

*—¿En dónde encontraste, viajero, a don Celso Medina?
Abandonando a su amada se ha marchado solo.*

*—Yo lo encontré en la cumbre, cerca de los santuarios,
bajo los copos de nieve y el granizo trataba de enterrarse;
en la gran nieve, bajo los témpanos, trataba de enterrarse.*

*—¿No te preguntó por su dulce amante,
por aquella que en el viento y en el frío le ayudó a penar,
por aquella que en el viento y en el frío lloró con él?*

*—En sus tristes ojos se acabaron ya las lágrimas,
en su corazón se secó el sufrimiento;
como los vientos fúnebres debe estar viajando sin saber adónde.*